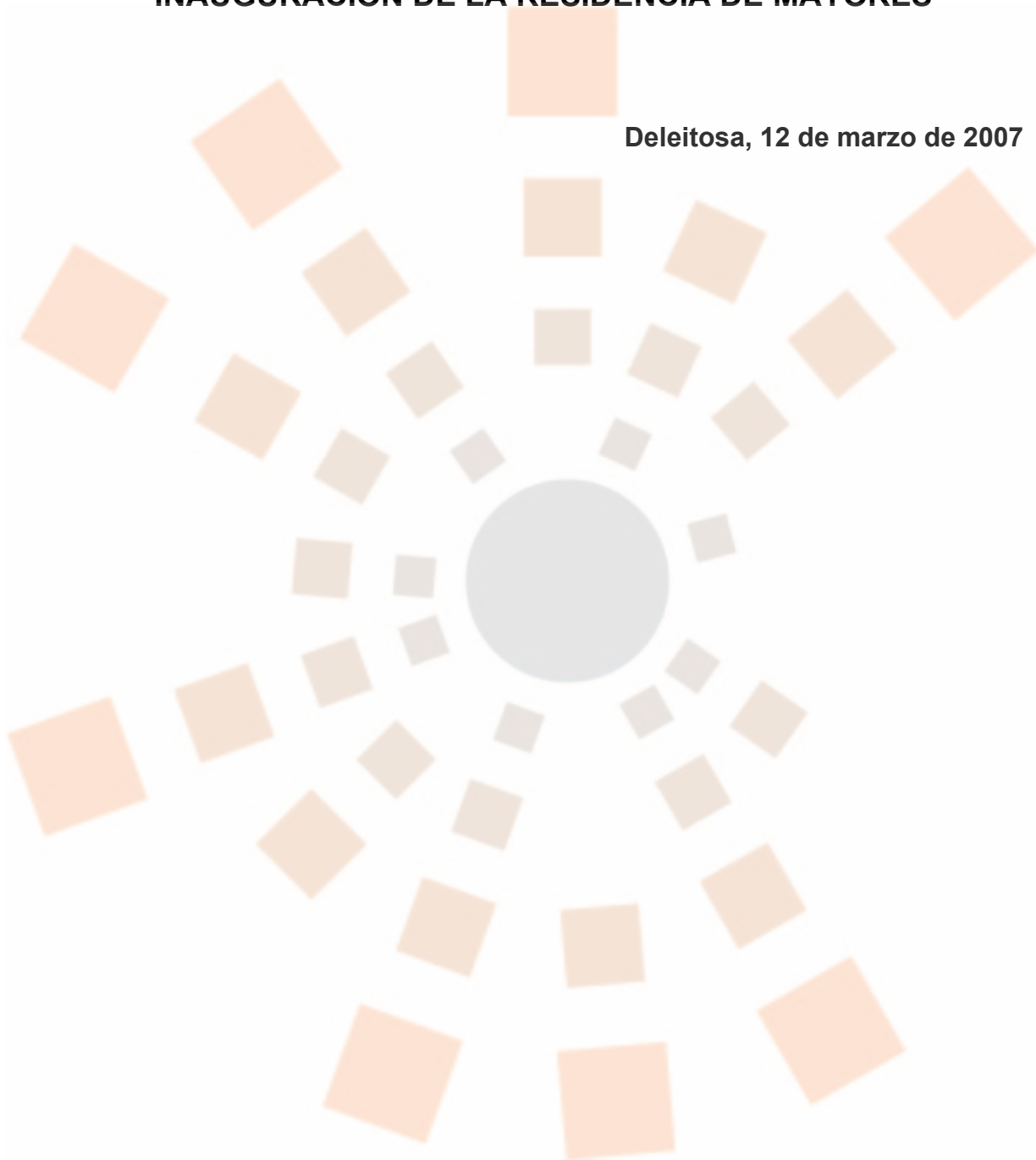


# **INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA INAUGURACIÓN DE LA RESIDENCIA DE MAYORES**

**Deleitosa, 12 de marzo de 2007**



## **INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN LA INAUGURACIÓN DE LA RESIDENCIA DE MAYORES**

**Deleitosa, 12 de marzo de 2007**

[...] querido Alcalde, miembros de la Corporación, señoras y señores, autoridades, queridos amigos.

Querido Alcalde, yo si puedo, -y creo que puedo, porque como además ya me voy, pues entonces el Consejero de Hacienda es como más generoso conmigo si puedo te ayudo a arreglar la calle, con una condición, que no reciba una carta como la que me habéis mandado desde la oposición con la carretera esta que estamos arreglando, porque por el momento no se ha inventado el método para arreglar una carretera y que los coches puedan ir por arriba, porque si estuviera inventado lo haríamos. Pero tienen que ir por el sitio, por la carretera. Entonces, nunca se va a cortar, habrá que ir despacito y esquivando los obstáculos hasta que la carretera esté hecha para que cuando vengan los emigrantes vean qué bien ha quedado la carretera sin haber sufrido las consecuencias de los que estamos aquí, que tenemos que sufrir siempre las consecuencias de nuestras obras.

Así que..., sí, no vaya a ser que te dé dinero para arreglar la calle y después reciba una carta diciendo: es que no se puede pasar bien por la calle. Bueno, pues, solamente hay que esperarse un poquito y ya pasamos bien por la calle.

Y ha dicho el Alcalde una cosa que me sirve para una reflexión. Me ha dicho que alaba -y yo se lo agradezco- mi actitud de decir: ya creo que ha llegado el momento de dar un paso al lado para que pase gente más joven que yo y me siento en el final del autobús para que conduzca el que tiene que conducir, el que los ciudadanos decidan, ¿no? Porque yo siempre he pensado que los autobuses, como los coches, se conducen desde el asiento de delante. Hay gente que tiene la manía de estar dándole la lata y la murga al conductor, diciendo: tira por aquí, dale por acá, aprieta el freno, no sé qué, sobre todo el que va al lado del que conduce. Por eso yo quiero irme atrás, para no molestar. Porque el que va al lado dando la lata, al final terminamos en un accidente, porque el que más sabe es el que va con el volante, ése sabe a cuánto va el cuentakilómetros, cómo va el aceite, cómo va el agua, tiene los espejos retrovisores, va viendo quién viene por detrás, ve mejor cuando va hacia delante. Así que yo atrás. Y ha dicho: alguna vez, a lo mejor, te necesitamos

para que vayas delante. Ojalá que no, ojalá que no, porque eso significará que las cosas se van conduciendo bien y todo va marchando como los extremeños queremos que marche.

Porque si tuviéramos que volver los que nos vamos, es que entonces las cosas irían mal. Y a mí no me gustaría -como español que soy y amante de mi país- que las cosas fueran mal y tuviéramos que reclamar como que se volviera a empezar desde el principio. Y, por lo tanto, yo creo que no, que a pesar de los pesares y de lo que vemos últimamente, tendremos la fiesta en paz y que no hará falta que nadie regrese ni vuelva para intentar echar una mano en lo que parece, en estos momentos, tarea de nuevos ricos.

Nos está pasando a los españoles lo que a los nuevos ricos, que como tenemos de todo, pues nos empezamos ahora a pelear por cuatro cosas. Es como los equipos grandes de fútbol. Han visto ustedes que en los equipos grandes de fútbol, cuanto más grandes, más pelea entre ellos, porque como están acostumbrados a ganar pues tienen que entretenerse en el vestuario peleándose entre ellos a ver quién es mejor, a ver quién sale más veces en la televisión, a ver que no sé qué. Y los españoles, que hemos estado en una situación muy mala, metidos en España sin salir porque no nos querían en Europa ni en ninguna parte del mundo, etc., de pronto, en un periodo muy corto de tiempo, veintitantos años, nos hemos convertido en un país maravilloso, envidia de toda Europa, creciendo más que Estados Unidos, creciendo más que la media europea, etc., etc. Y yo creo que de pronto nos hemos hecho demasiado ricos, y eso explica que algunas veces nos volvamos como locos, como tontos. El mal de altura. Morir de éxito, que le llaman algunos. Y también una concepción errónea de lo que es este país, de lo que es España, de lo que es nuestra patria.

Yo oí a alguien decir el otro día: hay que conquistar de nuevo España. ¿Contra quién? Si en España nada más que viven españoles y algunos que han venido a estar con nosotros como emigrantes. Si hay que conquistar España, ¿contra quién?, ¿contra los que no son españoles? ¡Qué disparate! ¿Otra vez a lo mismo? ¿Otra vez a España de uno y a España de otros? Los buenos españoles y los malos españoles. No, yo creo que eso es una tontería y que cuanto antes nos olvidemos de esas cosas, mejor. Y en caso de duda preguntar, ahora sí, a los más mayores, a los más mayores. Los más jóvenes tienen sus virtudes, sus valores, yo les aprecio muchísimo y por eso doy un para el lado, para que pasen más jóvenes; pero en caso de duda, respecto a cómo a los españoles de vez en cuando nos entra el sentimiento trágico de la vida y el cainismo, cuando tengamos dudas de qué es lo que hay que hacer, preguntar a los mayores, que ellos la hicieron y bastante mal en ese enfrentamiento tremendo que tuvieron entre ellos. Así que, aprender de los mayores que seguramente nos darán buenos consejos, nos darán ustedes buenos consejos de qué es lo que hay que hacer para no llegar a la tontería y a la estupidez en un país maravilloso, como el nuestro, que si de vez en cuando nos sentáramos a pensar y a reflexionar y pudiéramos decir: pero, hombre, si éste es un país magnífico.

Querido Alcalde, dime las cosas que me has ido diciendo cuando íbamos cuesta abajo, en vez de cuesta arriba. Te he dicho, ¿cuántos habitantes tenéis, ochocientos y pico? Me has dicho: ochocientos sesenta y algo, ¿no? Yo he dicho: la escuela, el cuartel de la Guardia Civil, la residencia, la biblioteca, la piscina, pista polideportiva. Esto que no lo cuente a la prensa, porque los de otras regiones se enfadan. Todo esto en un pueblo de 860 habitantes. Así, todo juntito. (Una señora del público dice: Y la plaza). Y la plaza. Bueno, bueno, pero la plaza existe en muchos pueblos y casi todos los pueblos tienen su plaza. Pero tener tantos servicios como los que tenemos en pueblos pequeños sencillamente es un lujo. De tal forma que antes y en poco tiempo hemos pasado de que antes fuera un castigo vivir en un pueblo a ahora que se ha convertido en un lujo. Y no digo nada con las comunicaciones que tenemos, las carreteras, etc., etc., porque antes estabas aislado totalmente, pero ahora tienes prácticamente lo mismo que se tiene en la ciudad, con la ventaja de que estás viviendo en un pueblo que tiene mucha más tranquilidad, que conoces a la gente, que todo el mundo conoce a todo el mundo, cosa que no ocurre en las ciudades, que hay veces que sales de tu casa y no sabes ni cómo se llama el vecino de enfrente; y nadie sabe si eres feliz o estás triste. Y lo que vemos algunas veces en televisión: en tal piso de Madrid se ha descubierto un cadáver de un anciano que llevaba tres meses muerto, nadie le había echado en cuenta, nadie preguntó por él, nadie quiso saber si estaba bien, si estaba mal, si era feliz, si sufría. Y esto sí pasa en nuestros pueblos, afortunadamente, donde todos nos preocupamos por todos. Y en los casos en los que hay matrimonios, mujeres y hombres, que les falta sus hijos -unos porque han desaparecido lastimosamente y otros porque están fuera-, entonces viene la Administración en su apoyo y en su ayuda. Pero sólo en esos casos.

Miren, yo estuve el otro día con la Presidenta de IBM, que es una empresa de informática de estas de los ordenadores, los teléfonos móviles, todas estas cosas, de las más importantes que hay en el mundo. Estuvimos en Cáceres inaugurando una fábrica de programas para los ordenadores. Había 230 hombres y mujeres jóvenes trabajando, 230. Casi todos extremeños, la inmensa mayoría, el noventa y tantos por ciento. Y cuando ya terminamos los discursos y estábamos tomando una cerveza, pues los chicos y las chicas jóvenes que allí estaban venían y querían hacerse una fotografía con su jefa, la Presidenta de IBM, y conmigo. Y todos los que venían, yo les saludaba.

- ¿Quiere usted hacer una foto?
- Encantado.
- ¿Cómo te llamas?
- Me llamo fulanita
- ¿De dónde eres?
- Soy de Don Benito

- ¿Qué eres?
- Yo soy Ingeniera Superior Informática.
- Un pedazo carrera. Y eso, qué te viene, de tradición, ¿no? Que tu padre también es Ingeniero.
- No, mi padre albañil.

Y venía otra:

- Tú, ¿de dónde eres, hija?
- Yo soy de Navalmoral.
- Y, ¿qué eres?
- Ingeniera Física Superior.
- ¿Y tu padre?
- No, mi padre jornalero.
- Y ¿tú qué eres?
- Yo soy Ingeniera Superior Informática.

Así hasta 12, hasta 12. El padre o la madre mejor preparados de todos los que se hicieron foto con nosotros, todos eran de ingenieros para arriba, la mejor preparada era una madre que era Asistente Social. El cambio es brutal, brutal. Es decir, unos niños jóvenes, con carreras universitarias, trabajando en puestos de gran responsabilidad con sus padres que estuvieron en el campo, que estuvieron prácticamente sin estudios ninguno porque tuvieron que salir de la escuela a los diez o los once años. Y la parte contraria, gente mayor -como la que he visto en la residencia de Deleitiosa- que es al contrario, le preguntas por sus hijos: ¿dónde están sus hijos? En Vitoria. En Vitoria hay unos cuantos. En Madrid. En Madrid hay otros cuantos.

Entonces, fíjense lo que ha sido nuestra región, unos hijos que están formándose y bien, con unos padres que no pudieron formarse. Y unos padres que no pudieron formarse, con unos hijos que están fuera de aquí.

Ya me hubiera gustado a mí haber visto a otros presidentes de otras Comunidades Autónomas haber tirado para adelante con una región como la que acabo de describir muy brevemente. Porque esos hijos que están en Vitoria, en Madrid, en Andalucía, en Valencia, nos hacen falta aquí. Y, ¿por qué se fueron? ¿Por qué se fueron? ¿Por capricho? Se fueron porque aquí no había posibilidad, porque nuestras madres nos parían con la maleta hecha ya,

esperando que cumpliéramos los 18, los 20 años, para largarnos, porque aquí no había nada que hacer. Y el gran cambio ha sido que aquí se puede hacer ahora de todo y el que quiera, que lo pruebe y que lo experimente. De todo. Así que, hacemos una residencia con el fin de atender de la mejor forma posible a aquellos que sus hijos no están y que no pueden dedicarles atención material que ellos necesitarían.

Pero cuidado con el tipo de sociedad que comienza a asomar la oreja, porque el dinero no vale sólo para todo. Hay países más pobres que el nuestro, -infinitamente más pobres que el nuestro, que no tienen residencias de ancianos, que no tienen residencias para los mayores, que ni siquiera los mayores tienen pensión, ni siquiera- los países africanos, que lo ven ustedes por la televisión. Allí no hay residencias, allí no hay pensionistas, allí no tienen pensión, porque no tienen un Estado que les pueda dar una pensión, allí no tienen en... La persona mayor no tiene nada. Una cosa tienen que no tenemos aquí, el máximo respeto de la tribu, el máximo respeto del pueblo. De tal forma que hay países, que lo habrán visto ustedes, que el primero que come es la persona mayor, después vienen los demás, pero el primero que come es la persona mayor. Y el primero que habla, para decirle a su pueblo lo que hay que hacer, es el honorable anciano. Así que no tienen pensión, no tienen residencia, pero no están tirados en la cuneta, -porque vamos tan rápido, tan rápido, tan rápido, que todo lo que esté en el medio nos estorba y lo aparcamos- sino que reciben el reconocimiento de su gente por la vida que han vivido, por la experiencia que tienen y porque saben mejor que nadie por dónde puede ir y circular un pueblo.

Y, aquí, comenzamos a pensar que con el dinero todo vale. Y oigo a algunos que dicen: yo voy a dar un cheque, un cheque a cada pensionista para que se vayan a una residencia. Eso es lo más fácil, amigo. Yo no quiero dar cheque a los pensionistas para que se vayan a una residencia, a mí me gustaría, -y lo estamos haciendo desde la Consejería de Bienestar, cuya Consejera está aquí hoy con nosotros- me gustaría que el que pueda quedarse en su casa se quede en su casa, que dicho sea en honor a la verdad, es donde mejor se está. Y que los hijos seamos capaces de no perder el atractivo, la responsabilidad y el deber que tenemos de tener a nuestros padres en nuestras casas.

Ya lo sé que es complicado, ya lo sé que en algunas ocasiones es cansino, y yo lo sé por propia experiencia. Pero todas las noches que yo me acostaba, cansado como un perro, porque me llamaba a las tres, a las cuatro de la mañana, a las cinco, etc., cuando me acostaba decía: estoy cansado como un perro, pero nunca he hecho nada en la vida tan importante, de lo que me sienta tan orgulloso, como de haber cuidado a mi vieja cuando mi vieja me necesitaba.

Entonces, lo digo, digo esto porque comenzamos a construir una sociedad que no me gusta. El otro día leía que algunas asociaciones de padres piden que los colegios se abran a las ocho de la mañana y se cierren a las ocho de la tarde. Es decir, que los niños estén de ocho de la mañana a ocho de la tarde. Miren, no me creo que haya una familia donde los padres estén

trabajando desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde, no me lo creo, no me lo creo. Y si alguno está trabajando desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la tarde, el marido y la mujer de ocho a ocho, es porque le interesa más el chalet que sus hijos. Y a mí me interesa más los hijos que el chalet.

Entenderé que haya casos excepcionales, entenderé que hay que adaptar los horarios a los horarios de los padres, sin duda. Pero, por dios, ¿cuándo va a ver usted a su hijo? ¿Cuándo va a educar usted a su hijo? ¿Cuándo va a poder estar con su abuela y su abuelo en su casa ese hijo? Si es que su abuelo y su abuela están en su casa. ¿Cuándo ese hijo va a poder tener calor, cariño? Entonces, no vaya a ser que pensemos que, como tenemos dinero: un cheque, y los viejos a la residencia y los niños a la guardería y al colegio y nosotros a trabajar como negros para ganar muchísimo dinero. No es justo. No me parece correcto.

Ésa es una sociedad que se construye con dinero pero a la que le falta amor y cariño, amor y cariño, y eso no se puede perder. Y, por eso, cada vez que vengo a una residencia le pregunto siempre a los residentes, -además de cómo están, etc.- cómo les tratan y cómo se comportan ellos con los que están trabajando. Que de todo hay. Normalmente recibo, y aquí en ésta de Deleitosa he recibido una impresión que, además, a algunos se lo he preguntado así como muy a escondidas por si tenía que decir algo. Han dicho: muy bien, nos tratan muy bien, comemos muy bien. Alguno ha dicho que le falta un poquito de grasa a la comida, un poquito más de..., un poquito más de sustancia ¿eh?

Me he comprometido con la cocinera que voy a venir a hacer un arroz con jamón y chorizo, que le vamos a echar grasa ahí ¿eh?, que vamos a tener que después pedirle a la nuera el chándal y al yerno las zapatillas de deportes para ponernos a dar vueltas por aquí por el pueblo para echar el colesterol abajo ¿eh? Pero muy bien, muy bien, me dicen muy bien.

Yo les exijo, les ruego y les pido a los trabajadores que aquí están trabajando con ustedes, que piensen que lo que no pueden darles sus hijos se lo tenemos que dar nosotros, y que nos pagan lo mismo a uno que a otro de los que están trabajando. El sueldo es el mismo para uno que para otro, la diferencia es que uno puede ser un sieso y otro puede ser alegre. ¿Qué trabajo cuesta ser alegre con esta gente de setenta, ochenta, noventa años? ¿Qué trabajo cuesta ser alegre? Cuando alguno no lo pueda ser porque tenga mal día, que le mire la mejilla, que le toque la mano. Y, cuando le mire la mejilla y le toque la mano, le dé un beso en la mejilla, verá unos surcos por aquí; y que piense qué hay escrito en esos reglones, qué historia hay ahí. Y cuando le toque la mano al viejo y vea que todavía hay ahí una mano dura de callos, que piense cómo se hicieron esos callos. Y, entonces, inmediatamente, ese trabajador que ha tenido un mal día, que el niño no le ha dejado dormir por la noche, que llega cabreado, enfadado, perdón, que llega enfadado al sitio, que piense que no lo puede pagar con la gente que esta aquí, que necesita mucho cariño, además de buena comida, buena asistencia médica, etc.

Y de igual forma, atender a un padre o a una madre solo en casa con ochenta años, noventa años, tiene mandanga, -pero yo me siento muy feliz de haberlo hecho- atender a veinticuatro tiene más mandanga. Entonces, a los residentes les pido, por favor, que entiendan también que los que están ahí, en algunas ocasiones, están también bien cansados de la tarea que hacen, ayúdenles ustedes para que haya una convivencia familiar.

La mejor residencia de ancianos, de mayores, no es la que tiene mejores habitaciones, ni mejores cocinas, ni mejores asistencias médicas, ni mejores fisioterapeutas, la mejor residencia es la que tiene más ruido como consecuencia de la visita de los familiares, de los nietos y de las nietas.

Yo pregunto siempre al director o a la directora ¿hay mucho ruido? Porque si hay mucho ruido hay muchas visitas, y si hay muchas visitas esa residencia tiene calor. De tal forma que yo estoy por decir a la Consejera que haga un código de conducta de los familiares, y que cuando vaya a entrar un residente se le diga al familiar: tiene usted las siguientes obligaciones que hacer, si está aquí, una vez a la semana mínimo tiene que venir; si no está aquí, una vez al mes, una vez cada dos meses, en función de la situación. Si tiene nietos, tiene usted la obligación de traer los nietos como mínimo dos veces a la semana, etc. Y si no lo cumple, pues entonces no podremos tenerle aquí, se lo tiene usted que llevar a su casa.

Porque es que, si no, después empieza que hoy no puedo, pero mañana, mañana tampoco, pero pasado, y al final viene la ausencia, la falta de relación. Y ese hombre y esa mujer que parece que sólo esperan morirse, pero que, sin embargo, tienen todavía, afortunadamente, muchos años de vida, muchísimos. He visto por ahí a uno que tiene noventa y dos años, joder, que está el tío, ¿eh?, que está el tío... Yo nunca les digo que parece un chaval, porque a mí me molesta cuando me dicen: si estás muy joven, si parece que tienes... No, si yo quiero tener los años que tengo, si yo no quiero estar muy joven, porque es que parece que si estoy muy viejo no valgo para nada, y yo valgo todavía para mucho ¿eh?

Así que, que esa gente necesita ese cariño, esa atención de todos nosotros y sobre todo de su familia. Si no pueden porque no pueden, los tenemos aquí; pero hay que venir a visitarlos, hay que venir a verlos, a verlos. Porque cuando alguien le pregunta a un residente: ¿viene su hija, viene su hijo? O se le llena la cara de alegría y dice: viene toda la semana. O se le llena la cara de pena diciendo: hace seis meses que no le veo.

Así que, queridas amigas, queridos amigos, no queremos que las residencias sean almacenes, como los colegios tampoco queremos que sean almacenes, sino que sean sitios donde puedan vivir de la mejor forma posible aquellos que tanto dieron por nosotros, aquellos que nos marcaron el camino, que nos lo enseñaron, y que yo he intentado seguir a rajatabla, a rajatabla. En algunas ocasiones con pelea, rompiendo algunos cristales de las ventanas, pero siempre siguiendo el ejemplo de ese hombre y esa mujer que no nos trajeron al mundo para que siguiéramos siendo una región silenciosa, sino que



nos trajeron al mundo para ser una región que peleaba, y que reclamaba sus derechos.

Las Hurdes, y con esto termino, han tenido una larga historia de pelea contra el mundo como consecuencia de la película de Buñuel, *Hurdes, tierra sin pan*, y todavía tenemos que estar peleando para demostrar que esa imagen que hizo Buñuel no se corresponde con la de hoy.

En los años cincuenta, como saben los más mayores, un fotógrafo, Eugen Smith, hizo un reportaje de 1.200 fotografías de gente de Deleitosa, que en aquel tiempo eran jóvenes y que, seguramente, algunos de esos jóvenes que aparecen en la fotografía están hoy aquí, y en la residencia quizás.

Después hubo un fotógrafo, Ballester, cacereño, que hace tres años o cuatro años, no recuerdo, hizo ya un reportaje, las mismas fotos, pero de hace tres o cuatro años. El cambio es espectacular. Deleitosa, afortunadamente, no se ha tenido que pelear contra la fotografía, la fotografía de Ballester y la fotografía de Smith no son el ejemplo de una región atrasada, sino el ejemplo de una región moderna que quiere seguir viviendo en paz y en felicidad. Y cuando tengamos duda y nos pongamos muy rabiosos y muy tontos preguntemos a los mayores por qué camino se va a la concordia.

Nada más y muchas gracias.